

Memorias de un Personaje: Juan Domingo Perón

Exilio Dominicano; así Murió Trujillo

- ★ "Viví en una Quinta a Orillas del mar, Como si Fuera el Paraíso"
- ★ La CIA Suministró las Armas Para Matar a Trujillo, Afirmaba Balaguer
- ★ Estancia en España y Boda con Isabelita Martínez, en su Quinta de Madrid

VII

De la Agencia EFE.
exclusivo en México para EXCELSIOR

MADRID.—El embajador —dice el general Perón— llevaba un revólver y yo una pistola ametralladora y estábamos dispuestos a hacer frente a los pilotos si ellos nos agredían.

No hubo necesidad porque los dejaron en Santo Domingo e incluso se portaron muy bien conmigo. Yo les invité a cenar en el hotel y luego ellos regresaron a Venezuela. No eran revolucionarios en su país. En Santo Domingo me alojé en el Hotel Jaragua, que era demasiado lujoso para mí y estaba lleno de americanos, y como los americanos me producen alergia y además no tenía dinero, me fui a ver a Trujillo apenas llegó Isabelita a Santo Domingo.

Ella había quedado refugiada en Caracas. Pesaba, al salir, 39 kilos. Las guerrillas revolucionarias mataban a los extranjeros en Venezuela, pues había una verdadera fobia contra ellos porque eran los que trabajaban y ganaban dinero. Los negritos los asaltaban y robaban. Mataron portugueses, de los que había gran número, y españoles e italianos. Jugaban al fútbol con las cabezas de los italianos y asaltaban comercios y negocios de todas clases...

Cuando me recibió Trujillo, me trasladó a un hotel del gobierno que se llamaba Hotel Pax, donde vivían los funcionarios, y allí estuve un año. Me cansé y fui de nuevo a verle. "Mire, jefe —le dije— voy a alquilar una casita para vivir en las afueras", y él me ofreció una quinta a orilla del mar, una quinta maravillosa, donde viví como en el paraíso terrenal. Por la mañana paseaba entre palmeras con Isabelita y llegábamos hasta el mar. ¡Era una maravilla!

ELOGIOS DE TRUJILLO

(Según algunos testimonios, Perón atravesaba una gran pobreza en su exilio. Y el general Trujillo le ayudó a salir de apuros entregándole 25,000 dólares. Sobre Rafael Trujillo, el "Padre de la Patria", hace también el general diversos comentarios, siempre elogiosos...).

Siempre le vi admirablemente vestido, y sus ademanes eran también pulcros y correctos. Si iba de uniforme, nadie llevaba mejor el uniforme, y me decía, por ejemplo: "Ya sé que algunos me llaman la "tita" porque me visto mucho de uniforme, me pongo condecoraciones y, si voy de paisano, llevo trajes impecables. Pero si hago tanto uso de mis uniformes es porque soy el jefe del Ejército y quiero que los oficiales de aquí, que son más bien dejados y abandonados, me imiten y vayan correctamente vestidos. Me gustaría andar por la casa y por las calles con un pantalón y una camisa colgando como un "atorrante". Iría más cómodo. En este calor tropical para mí es un verdadero sacrificio ponerme todas las condecoraciones sobre mi uniforme, pero yo

soy el general y tengo que dar ejemplo a mis oficiales y soldados, y cuando el general anda mal vestido, los soldados y los oficiales van hechos unos zarrapastrosos".

(El general argentino afirma que Trujillo era hombre muy rico y que tenía grandes propiedades, y que él mismo financió grandes ingenios productores de azúcar. Que consiguió saldar deudas con los americanos y que se fueran, y que saneó la economía del país).

LOS HIJOS DE TRUJILLO

Ramfis, uno de los hijos de Trujillo, era un muchacho joven y muy rico —dice Perón— a quien adoraba su padre, y como su padre se había hecho a sí mismo trabajando y poseía una gran fortuna, era muy generoso con el chico. ¿Qué tiene de particular que en esas condiciones privilegiadas el muchacho regale un automóvil a una artista cinematográfica? Ramfis era muy leal a su padre y tenía las mismas opiniones políticas. Una de las veces que estuvo en Estados Unidos en viaje de ida y vuelta, le preguntaron: "¿Qué impresión tiene usted de ese país?". Y él dijo: "La peor de todas las impresiones". Lo mismo podría decir del otro hijo, Radamés, cuyo talento y discreción eran superiores a su edad. No tuvo juventud ni niñez. Fue un hombre desde chico. Llegó a general a los 30 años y cumplió tan bien como si tuviese 60.

(No opinaba lo mismo del famoso Porfirio Rubirosa, a quien reprochaba un poco de frivolidad en su conducta. "Pero cuando estuvo de ministro en la Argentina, Rubirosa se portó muy bien. Actuó como hubiera actuado un embajador y era leal a su suegro").

Yo, a veces, hablando con Trujillo, le decía que su país necesitaba obras sociales, lo mismo que todos los países de América. Y él me contestó algo muy sabio. Me dijo: "Mire usted, Perón, la obra social que usted realizó en su país no puede hacerse en Santo Domingo porque la República Argentina es muy diferente. En la Argentina la población es blanca y procede de países europeos, mientras que en

Santo Domingo el 80 por ciento es negro, y al negro no puede ayudársele con una obra social porque la destruye, la descompone en seguida. La Argentina es un país bastante evolucionado, donde las instituciones para el bienestar social pueden funcionar normalmente. En Santo Domingo hay que hacer algo así como una justicia social, paternal, y eso es lo que yo hago. Yo he creado mis fundaciones. Doy trabajo y hago trabajar a la gente. Regalo tierras. He comprobado que esto último no vale en Santo Domingo porque las tierras que yo regalo a los negros las venden al cabo de un año". Me preguntó Trujillo un día si yo notaba bienestar en la vida de Santo Domingo y le contesté afirmativamente. "Pues ese bienestar —me dijo— es el único que nosotros podemos dar y es conforme con las condiciones especiales de la población que nosotros tenemos".

TODOS LE TRAICIONABAN

Que nadie hable de campos de trabajo —prosigue Perón—. Es una mentira. Trujillo era un hombre bueno. A aquellos que invadieron Cayo Confites en el año 1947 ya se sabe que los perdonó. Perdonó a todos y los dejó en Santo Domingo. Muchos de ellos son actualmente funcionarios públicos. Le habían atacado, lo querían destruir, pero el defecto de Trujillo era su excesiva bondad y a todos perdonó. En la cárcel no había más que reos de delito común, pero no presos políticos. Yo he vivido en Santo Domingo, junto a Trujillo, y si hay alguna persona que le conozco, soy yo. Comíamos juntos una vez por semana y hablábamos horas enteras. Le conozco a fondo. Era un hombre paternal. Todo el mundo le traicionaba. Ese José René Román Fernández, general hecho por Trujillo, casado con una sobrina de Trujillo, fue nombrado ministro del ejército, y Trujillo le preguntó cómo andaba de dinero y si tenía deudas, "porque un ministro tiene que tener sus finanzas en condiciones"; ese René Román le dijo a Trujillo: "Sí, jefe; tengo una deuda de 300,000 dólares"; ese René Román, a quien Trujillo pasó sus deudas para que pudiera ser ministro; ese malvado (Perón emplea otra expresión muy dura, que concierne a la madre del interesado) ese es el que hizo la revolución y tramó el asesinato de Trujillo. Nosotros los hombres públicos co-

nocemos a los traidores y tenemos que soportarlos. Los que mataron a Trujillo eran hombres que habían comido con él, que le debían todo lo que eran y que se habían rastreado a los pies de Trujillo como culebras.

EL ATENTADO

(Sobre el atentado que costó la vida a Trujillo, los recopiladores de las memorias de Perón dan su versión: La era de Trujillo, o sea, los 31 años que duró la dictadura de la República Dominicana, concluyó en 1961 con un asesinato espectacular cuidadosamente preparado por diversas personas conocidas en aquella república y algunas de ellas muy amigas y hasta parientes del dictador. Fue un complot muy vasto y hasta se ha llegado a decir que en él intervinieron agentes de la CIA norteamericana.

En una ruta bordeando el mar y no muy lejos de la capital de la República Dominicana, yendo en un coche Chevrolet, el general Trujillo con la sola compañía de su chofer, fue asesinado por disparos que procedían de distintas direcciones. Parece que Antonio de la Maza y Amado García Guerrero, armados de metralletas, acertaron a herir a Trujillo, el cual, según el relato de Robert D. Crassweller, gritó a su chofer:

—Para, que estoy herido. Saca las metralletas. Tenemos que luchar.

El chofer gritó que era mejor volver al palacio presidencial, porque los atacantes eran muchos y los tiros venían de todas partes.

A pesar de todo, Trujillo sacó su revólver, y saltó a la carretera, mientras su chofer disparaba la metralleta. Imbert, De la Maza y García Trujillo remataron al general Trujillo, que se desangraba por la espalda y el pecho...

Murió heroicamente —comenta Perón— Andaba siempre solo y su chofer le advertió: "Jefe, voy a dar marcha atrás porque son muchos". Y él contestó: "No, señor usted se para y vamos a pelear". El chofer era un capitán de toda su confianza. Tanto ese capitán como Trujillo (que estaba herido ya) abrieron fuego contra los asaltantes y la prueba de su comportamiento heroico es que casi todos los conspiradores quedaron heridos. Luego, cuando vieron que Trujillo estaba

bien muerto, le destrozaron la cabeza a culatazos y se lo llevaron en un automóvil para dejarlo en la puerta de su casa. Se había pensado que esta sería la señal para el levantamiento ideado por el ministro del Ejército. El cuerpo de Trujillo era la evidencia necesaria para que René Román se adueñara del poder. Pero le salió mal la jugada porque fue detenido y también murió.

Balaguer, que era el Presidente de la República, tuvo

desde el primer momento una actitud muy firme. Los americanos, que tanto le critican, no pueden exhibir un hombre de su categoría. Ramfis residía en Suiza, porque su salud necesitaba cuidados, y en el momento del atentado pasaba unos días en Bélgica. Se trasladó en seguida a París, donde fletó un "jet" de la Air France, y junto con Porfirio Rubirosa, al día siguiente aterrizó en Santo Domingo, se encargó de las fuerzas e impuso su autoridad sobre todas aquellas infamias.

(Uno de los coautores de la recopilación de estas memorias grabadas por Perón estuvo presente en una conversación íntima entre el ex subsecretario de Estado de Estados Unidos y el entonces exiliado ex Presidente de la República Dominicana, doctor Balaguer. Y se le preguntó a este último: "¿Es cierto que la CIA tuvo que ver con el asesinato de Trujillo?". Balaguer contestó: "Sí, la CIA suministró las armas para el asesinato a través de un agente de ellos que era dueño de un supermercado llamado "Wimpy". Los asesinos no necesitaban armas porque eran militares, pero querían tener una prueba de que la CIA estaba de acuerdo con el asesinato y que Estados Unidos iban a reconocer al gobierno que saliera del golpe. También habían dado órdenes en el aeropuerto de Nueva York para que detuvieran a Ramfis Trujillo cuando llegara de Europa, prohibiéndole seguir viaje a la República Dominicana. Ramfis frustró ese complot fletando el avión en París, como hemos dicho, para ir directamente a Santo Domingo".

A juicio de Perón, Fidel Castro no intervino en el crimen; en aquellos momentos las relaciones de Trujillo con Fidel parecían normalizadas. A quien achaca textualmente la responsabilidad del crimen es a Betancourt y a Estados Unidos.

No terminaremos este capítulo sin dar conocimiento de un hecho macabro, que creemos inédito. Como se ha dicho antes, era el doctor Balaguer el Presidente de la República Dominicana. Rafael Leónidas Trujillo era algo más: dueño omnímodo del país y Benefactor de la Patria. Al Presidente de la República correspondió hacer la oración fúnebre, que no fue, por cierto, una apología desmedida del dictador, sino que hizo alusión a su modo peculiar de gobernar a los dominicanos, algo arbitrariamente, pero ajustándose a la idiosincrasia de los ciudadanos. Al Palacio Nacional se trasladó el ataúd con los restos de Trujillo, que fueron embarcados en seguida en el "Angelita" con rumbo a Europa y destino final en el cementerio de El Pardo, de Madrid. Hubo dos ataúdes. Las honras fúnebres religiosas se oficiaron alrededor de un ataúd que sólo contenía sacos de arroz, en tanto que el ataúd con los restos de Trujillo era embarcado sin que el pueblo lo supiese.



RAFAEL LEONIDAS Trujillo, de quien Perón dijo: "Todo el mundo lo traicionaba. Nosotros los hombres públicos conocemos a los traidores y tenemos que soportarlos..." (EFE)

Sólo estaban enterados los deudos y los personajes oficiales...

A ESPAÑA

(El embajador español en Ciudad Trujillo, Manuel Valdés Larrañaga, le había ofrecido a Perón arreglarle todos los trámites por si quería residir en España. Y efectivamente, a España llegaba el 5 de enero de 1961 un Perón de 70 años de edad para iniciar la segunda y más larga etapa de su exilio. Primero estuvo en Torremolinos, en el Hotel Pez Espada. Después se instala en Madrid, en la calle Doctor Arce. Después, contrae matrimonio con su secretaria, María Estela Martínez, que llegaría finalmente, a alcanzar ella misma la presidencia de la Argentina tras la muerte del general. Y, finalmente, decide elegir como lugar de residencia en Madrid la Colonia Puerta de Hierro. Allí unos amigos le financian la construcción de un chalet, de una quinta que llevará por nombre "17 de octubre".

Lo que ocurrirá al cabo de los años, aún está fresco en la memoria de todos... Y, finalmente, la muerte y el ocaso de un hombre que aún creía tener energías para presidir el Gobierno de un país conflictivo... Había cambiado la paz y la tranquilidad de lo que ya parecía ser "su Madrid", por la incertidumbre y los problemas de los argentinos, de los suyos... Como final de estas memorias, y para poder tener un fiel reflejo de lo que era

su vida en España en la última época, en los días previos al retorno a su patria, recogemos las palabras del propio Perón en las que narra su vida lo que hacia cualquier jornada en Madrid, tranquilamente, en la paz de su hogar...)

Me levanto a las 6.30. Duermo con las ventanas abiertas para que me despierte el sol. Es una costumbre que tengo desde que era subteniente. Me aseo y afeito con máquina eléctrica. Desayuno: café con leche y dos tostadas. Salgo después a caminar durante dos horas. A las nueve estoy en el escritorio del primer piso. Contesto la correspondencia privada y leo todo el material periodístico que recibo de la Argentina. A las once, una hora invariable de esgrima. Isabelita es una buena, formidable alumna. Tiene fuertes piernas y saldrá de ella una esgrimista cabal. La he ido trabajando despacito. A las 12 otra vez al parque. No dejo un día sin visitar cada árbol. Lo converso un poco, ¿sabe? Un árbol es una cosa muy importante. Vigilo las hormigas. Doy una vuelta por las rosas. ¿Usted vio en algún lugar rosas más perfectas que las mías? Así, hasta las 13.30 en que almuerzo. Normalmente sopa y un plato. Puede ser paella, bife de lomo, un poco de fruta y café "Monki", sin cafelina. Camino otro poquito y siesta, que dura hasta las 16. Después de esa hora casi todos los días me doy una vuelta por Madrid o por los alrededores. Vuelvo a las 19. Juego con los perritos que me entretienen mucho. A las 20.30 veo un poco de televisión. Mis programas favoritos son "Los intocables", "Hombres del Oeste", "El Santo" y "Noticiero". A las 21.30, la cena. Una hora después, a la cama. Leo de tres a cuatro horas por la noche. Una vieja costumbre. Quizá el momento más profundo de cada día mío, sea ése.

FIN DE LA SERIE